Su mirada es clara. Sus palabras, concisas. Cortan el silencio sin sutilezas. Pueden atemorizar de tanta honestidad. Reflejan la fuerza de unos rasgos faciales profundos, herencia de su pasado libanés. Su posición frente a la vida es sencilla: se deja llevar por la fluidez universal. No se resiste a la corriente, por el contrario, navega en ella buscando respuestas, haciendo preguntas. El arte es su herramienta en su viaje espiritual. Y la espiritualidad, su matriz, su espina dorsal, el sol de su sistema solar.

Conocí a Francisco Chediak en una exposición de arte algunos meses atrás. A las pocas semanas de ese encuentro, almorzamos juntos y enseguida percibí su espíritu insaciable, subversivo y cuestionador. Me hizo mil preguntas, como quien quiere devorar las palabras del otro, masticar su misterio. Sentí su avidez por perderse en el laberinto ajeno. Algunas de sus preguntas me fueron incómodas. Sin embargo, su aguda sensibilidad le permitió leerme, como a un libro abierto. Verme a través del vidrio de las emociones. Comprender lo que está debajo de los espacios de silencio.

Hablamos de arte, gastronomía, astrología. Me habló de chamanismo y biodiversidad, de París y Nueva York. Nuestros temas de conversación se abrían como el menú de un restaurante de comida exótica. Y nos faltaba tiempo. Nos faltaba tiempo para ajustarnos al ritmo de nuestras palabras, para no devorar y poder saborear cada frase, frases que encerraban un abanico de significados y de posibilidades. Francisco me recordó a Xul Solar, aquel artista argentino que hacía y sabía de todo, muy cosmopolita y adelantado a su tiempo, pero que no dejó escuela debido a la tanta amplitud de su espectro. Suena irónico. Lo es. En fin… al descubrir que los dos somos sagitarios. "Tienes que leer a Alan Watts," me dijo. Aunque no soy de las que aceptan sugerencias sobre gustos literarios, fui en búsqueda de este señor Watts, porque me gustó su nombre (por nada más) y encontré a un maestro espiritual inglés, bastante ecléctico dentro de su sencillez, y muy poético al momento de abordar los grandes temas universales, los del cosmos y la existencia.

**De Alan Watts en su pintura…**

Comencé a obsesionarme con sus escritos, sus conferencias, la cálida voz de todos sus *podcasts*. *A-l-a-n W-a-t-t-s*. Entrenado bajo la filosofía zen, Watts ha publicado una serie de libros de títulos muy sugestivos: *Las dos manos de Dios y el mito de la polaridad, La sabiduría de la inseguridad, Conviértete en lo que eres.* Pero lo que más me atrapó fue su poesía con respecto a nuestra relación con el universo. El maestro inglés concluye que el ser humano es mucho más que una bolsa de piel, es conciencia pura, la manifestación de un universo que quiere conocerse a sí mismo, pero que siempre se elude, sin querer se elude y se eludirá, porque es su naturaleza, al igual que un ojo no puede mirarse a sí mismo o la piel sentirse a sí misma.

Después de explorar a Watts y sabiendo que Francisco era artista, me dio curiosidad de ver su obra. Si tanto le gusta Watts, algo debe haber de su filosofía en la obra de él. Entonces le pedí que me llevara a su estudio. Fui. Miré. Miré con intensidad. Necesité algunos días para digerir lo que había visto. Líneas sutiles, líneas macabras. Gestos violentos y delicados. Manchas que brotaban de una fugacidad firme, inexplicable. Me recordó la ferocidad de

Franz Kline o ese instinto destructor de Robert Motherwell, la inocencia y sutileza de Arshile Gorky, pero sobre todo me transporté a los globos de Adolph Gotlieb, a su cromática sencilla pero de

Por Daniela Merino Traversari
Fotos: Daniela Merino y Ch. Hirtz.

# FRANCISCO CHEDIAK

## la armonía bajo el caos

una fuerza avasalladora. Era la integración de los opuestos. Espejos de nuestra polaridad. Manifestación de una pintura que no se piensa, que solo se expresa.

La intertextualidad del trabajo de Chediak con los expresionistas abstractos era evidente. En él está su huella. Tras ocho años de estudiar Arte en cuatro países diferentes, este artista supo escoger sus referencias: a esos grandes maestros del arte moderno. Pero todos tenemos influencias, es natural.

La apropiación es un recurso válido en el discurso de la posmodernidad. Vivimos en ella desde hace décadas. Pero aquí había algo más. El universo de Chediak es discordante, carente de un lenguaje lineal, sólido, que unifique a su obra entera. No hay una voz, hay voces.

Su obra me dio la impresión de ser un manifiesto a la experimentación, un culto al vacío. Su estudio, poblado de pinturas, equivalía a una puerta en el tiempo, pero no a ese tiempo lineal, evolutivo, sino a la manifestación de realidades alternas, cuánticas. Una celebración a la ausencia de perspectivas. Explosión de una cápsula metafísica. Daba igual si se trataba de un dibujo hecho sobre una servilleta de papel o si frente a nosotros se abría una fisura en el espejo intergaláctico. Apetito, no. Voracidad. La pretensión (o no) de un artista de querer abrazarlo todo. La filosofía de Watts hecha pintura, una pintura que de tanto abarcarse ya no puede mirarse a sí misma. No soy una *connoiseuir* de este mundo del arte, pero aquí había una intención distinta y yo estaba dispuesta a descifrarla. Frente a mi perplejidad, Francisco me aclara: "Me ha costado mucho *desaprender* todo lo que he aprendido". Se me prendió una pequeña luz.

"No pretendo nada", me dijo Francisco. No le creí y seguí indagando. "Para mí el arte es simplemente una herramienta más". Lo toma y lo deja. ¿Pero una herramienta para qué? Para conocerse y conectarse con una fuerza vital superior a él mismo; para envolver completamente el presente, para meditar. El arte es su práctica espiritual.

Francisco atraviesa el puente con su arte para arrojarlo en la otra orilla. Solo le sirve para cruzar de una isla a otra. El arte unifica el archipiélago de su ser, pero una vez en tierra firme todo

pie de foto

se disuelve y todo empieza otra vez. Es el olvido permanente. Ese "desaprender" del que me hablaba. En cada isla comienza un momento nuevo, un lenguaje nuevo, un arte nuevo. Viéndolo así, su arte se convierte en el proceso, y el proceso siempre es infinito, por tanto, es difícil agrupar su trabajo buscando un lenguaje que tenga cohesión. La obra terminada no tiene importancia, es el trayecto lo que cuenta. Y es así como surge ese laberinto de espejos, que tan solo son fragmentos de un mismo proceder: el conocerse, el indagar, el buscar sabiendo que lo más probable es nunca encontrar. Es la ausencia de epicentro y la intensa gravedad del vacío.

Lo importante es cómo cruzar la isla y no el arribo a tierra firme. Lo primero es un viaje, lo segundo es un fin. El proceso es del espíritu, la meta es impuesta y condicionada por la cultura, por la sociedad. El arte está en la búsqueda de ser, no en la manipulación de un lenguaje. Es este su estilo, si de estilos se puede hablar. Si existiera una intención, la suya es romper con cualquier expectativa que tengan de él, de su obra, o que el público tenga sobre el arte en general.

De ahí que sus pinturas, sus fotografías, sus objetos nos den esa sensación de estar inacabados, de estar simplemente boceteados. Sentimos que algo falta o que hay algo que el artista no nos quiere revelar. La obra se convierte en fuente de misterios, de silencios, de secretos.

**Fotografía y polaridad**

Me deslumbran sus pinturas, sus dibujos, sus esculturas con objetos encontrados. Sin embargo, son sus fotografías las que me cautivan a ese nivel más visceral, más apasionado y sugestivo. Algunas están marcadas por un rojo desequilibrante, serpenteante y abru-

mador, como el circular de la sangre. Sangre mezclada con arena. Entonces me recuerdan al trabajo de Peter Beard, a las fotos de su África adorada. En las de Chediak no hay animales, pero hay muerte. Muerte de la mano de la vida, porque a pesar del aire denso y mortuorio que respiramos a través de sus fotografías, todo en ellas grita vida.

Hay vida en una Venecia que se hunde, en un París agonizante, en la lluvia ácida de un paisaje en decadencia. ¿O serán las lágrimas doradas de una ciudad que sufre de impermanencia?

Además de estos claros elementos en oposición, las imágenes de Chediak denuncian la naturaleza ficticia del arte de la fotografía. No importa lo real que pueda parecer el paisaje, cuanto mimetismo suscite, el artista lo mancha con una tinta irreverente —literal y metafóricamente—, la cual ensalza el carácter exclusivamente fotográfico de la obra. Chediak nos está diciendo que estas imágenes no son más que eso: imágenes. Estas fotografías no son paisajes, son fotografías, son un simple pedazo de papel que se puede pintar, doblar, arañar e incluso acuchillar.

De esta manera la huella estrictamente fotográfica se entierra y se pierde entre las heridas del papel, bajo esa incesante lluvia dorada, entre el rasgar intencional de la emulsión, en la cual supuestamente se ha sumergido la "realidad". Aquí pintura y fotografía se oponen, pero se necesitan. La tinta resalta la ausencia de las montañas, de las cañerías de una ciudad, de las sombras solitarias de unos hombres que susurran. Con igual nostalgia que en las fotografías de Atget, la "realidad" se vuelve una intrusa, como si el acto fotográfico quisiera, pero siempre falla, en su intento de atrapar la eternidad.

pie de foto

pie de foto

A través de una capa de complejidad, es posible percibir la sencillez de toda la obra de Chediak. A través de sus fotografías el artista nos trae de vuelta a lo espiritual y todo converge gracias a la conjunción de los opuestos. Es el yin y el yang, la armonía bajo el caos que percibimos.

Después de conocer a Francisco, su visión esotérica del mundo, su posición espiritual frente a todos los campos de la vida, comprendí que su arte tiene que ser visto con el mismo lente. Sus obras no pueden ser apreciadas desde el filtro del intelecto, están hechas para ser sentidas o simplemente observadas. Chediak nos invita a dejar de etiquetar, a fundirnos en la fiesta cuántica de la percepción de la "realidad", donde somos gesto, línea, trazo, lluvia y mar, ser y montaña, ser y ciudad. Tiempo. Eternidad.